

Introducción al desarrollo urbano de Madrid hasta 1830

Pedro Navascués Palacio

Catedrático de Historia del Arte de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid
Miembro Numerario del Instituto de Estudios Madrileños

Edad Media

No existiendo duda alguna sobre la considerable entidad de Madrid durante la Edad Media, como núcleo urbano de cierta complejidad, tanto en la etapa musulmana como en el período cristiano, son muchas, por el contrario, las incógnitas aún por resolver acerca del aspecto físico de su configuración urbana.

En efecto, conocemos que Madrid (Maḡrit) fue fundación islámica debida al emir Muḡammad I (852-886), que la fortificó, agregándola al sistema defensivo que protegía el valle del Tajo de las incursiones cristianas que, procedentes del Norte, llegaban a través de la sierra de Guadarrama. Sabemos igualmente que su papel estratégico exigía una localización abrupta como lo es la elevada meseta que emerge entre el valle del río Manzanares, la profunda cuenca de la calle de Segovia y el antiguo arroyo del Arenal, cuyo recuerdo perdura igualmente en la calle de su nombre. Allí se encontraba la ciudadela o «almudayna» junto a la que creció la ciudad propiamente dicha o «medina», ocupando el terreno de perfil más suave al Este de aquélla. La extensión de la al mudayna y medina puede calcularse en unas 8 y 26 hectáreas respectivamente, pero donde comienzan las dudas es en el trazado del recinto fortificado, su recorrido, cronología, distribución interior de la población, etc.

No es difícil imaginar, sin embargo, que la al mudayna estuviera especialmente protegida, como núcleo militar que era, que la medina contara con una red viaria de carácter desigual y tortuosa, caserío apretado, ausencia de grandes espacios abiertos dentro de la población, existencia de una mezquita mayor, pequeño zoco, es decir, que Madrid mostraría aquellos elementos característicos de otras ciudades hispano-musulmanas análogas. La razón militar de su asentamiento, así como el carácter campesino de los pobladores de la medina, no inclina a pensar en un Madrid con personalidad urbanística notable, fuera de lo ya indicado, ni con construcciones de interés a excepción de su recia muralla. Es aquí y en función de la muralla cuando se produce un hecho de interés para el futuro desarrollo urbanístico de Madrid, pues de las puertas abiertas en su recinto partían los caminos principales y secundarios hacia los lugares inmediatos.

Estos caminos, inicialmente extramuros, se irían convirtiendo paulatinamente en las calles principales de los distintos «ensanches» que conoció Madrid, siendo ésta —la conversión de un camino rural en vía urbana— una constante en la morfología de la futura ciudad. Ello puede constatarse ya en la configuración del llamado «Arrabal», que creció durante la Baja Edad Media al otro lado de la muralla, sobre el actual eje de la calle Mayor, entre la antigua Puerta de Guadalajara y la que se llamaría Puerta del Sol. Desde aquí partía el camino de Alcalá de Henares, futura calle de Alcalá y carretera de Aragón.

Algo análogo sucedió en tiempos distintos sobre los accesos a las puertas de aquel recinto islámico que, a raíz de la toma de Toledo (1085) por Alfonso VI, pasó a manos cristianas, conservando su fisonomía y nombres. Algunos de éstos aún se conservan en la toponimia como único enlace histórico con aquel Madrid medieval: Puerta de la Vega (en la Cuesta del mismo nombre), Puerta de Moros (plaza del mismo nombre), Puerta Cerrada (plaza de igual denominación), Puerta de Guadalajara (desaparecida, sobre la calle Mayor a la altura de la Cava de San Miguel) y Puerta de Balnadú (desaparecida, coincidiendo aproximadamente con el solar del actual Teatro Real). Aún existió otra puerta llamada de la Al mudena y luego conocida por Arco de Santa María, abierta en la muralla que separaba la alcazaba o ciudadela de la medina, encontrándose igualmente sobre la actual calle Mayor, en su confluencia aproximada con la calle del Factor.

La maqueta de León Gil de Palacio permite ver restos importantes de este antiguo recinto fortificado, que ya sufrió de antiguo demoliciones hasta las más recientes, de 1953, llevadas a cabo junto al viaducto de Segovia. No obstante aún se conservan testimonios de un interés extraordinario —especialmente los aparecidos en 1975 junto a la Cuesta de la Vega— de aquella muralla que tantas veces aparece citada en el Fuero de Madrid (1202), otorgado por Alfonso VIII, en el que se insiste sobre la necesidad de su reconstrucción y ampliación.

Este último término, el de ampliación, plantea desde muy temprano el hecho de la existencia de una población extramuros

que fue creciendo de forma muy considerable y progresiva durante los siglos XIII, XIV y XV, configurándose así el llamado «arrabal» que, bajo Enrique IV (1454-1475), llegó a duplicar la superficie de la antigua ciudad hispanomusulmana. El motor de este crecimiento, al margen de algunos hechos políticos como la reunión frecuente de Cortes en Madrid que inauguró Fernando IV a comienzos del siglo XIV, fue sin duda el establecimiento de un mercado franco y dos ordinarios en Madrid, concedidos por Enrique IV, quien además mostró su predilección por la ciudad a través de fundaciones como la del monasterio de San Jerónimo, cuyo regio patronazgo seguirían manteniendo los Reyes Católicos.

La fisonomía de este arrabal era de carácter desigual y disperso, sirviendo de elemento aglutinante las iglesias extramuros de San Martín, San Ginés y Santa Cruz. Estos barrios estuvieron, incluso, separados entre sí, hasta que su crecimiento los fue convirtiendo en un núcleo que se fue acercando a la muralla de la villa para ocupar, primero, los muladares y huertas que mantenían despejada y visible aquélla, y cegar, después, el foso o cava que protegía exteriormente la muralla. Entre los peticionarios que a comienzos del siglo XVI pidieron licencia para cegar el foso, se encuentra doña Beatriz Galindo que, al fundar el Hospital de «La Latina», contribuía a fijar el crecimiento de Madrid en dirección Sur. Todo esto exigió una nueva cerca, con simples fines fiscales y no militares, que englobara a estos barrios o pueblas, dando lugar a las nuevas puertas que, aproximadamente, fueron Puerta de San Francisco o de La Latina (en la desembocadura de la calle de Toledo sobre la plaza de la Cebada), Puerta de Atocha —?— (a la altura de la actual plaza de Jacinto Benavente), Puerta del Sol (hoy plaza del mismo nombre) y Puerta de Santo Domingo (junto al desaparecido monasterio que dio su nombre a la actual plaza). No obstante aún quedaban fuera de la cerca del arrabal núcleos importantes como el del monasterio de San Francisco o el que aglutinaba la iglesia de San Millán ante la Puerta de La Latina.

Siglo XVI

Durante este siglo, Madrid conoció su conversión de Villa en Corte, poniendo así fin a una primera etapa de su historia en la que a las funciones militares iniciales se habían sumado las de mercado. Ahora, bajo Felipe II, Madrid iba a asumir otras de índole política al fijarse la Corte en la ciudad, con todas las consecuencias que este hecho desencadenó y que, lógicamente iban a afectar a su estructura urbana de una forma muy directa.

El propio Carlos V había demostrado un claro interés por Madrid, quizás atraído por los cotos de caza inmediatos (El Pardo, Galapagar, Valdemoro, Aranjuez, etc.), y sabemos de sus estancias en el antiguo alcázar medieval que decidió transformar y ampliar, para lo cual hubo ya de iniciar unos derribos para poder formar una plaza y su acceso. Este hecho, el cuidar la imagen urbana de la morada del César, que contaría ahora con una fachada de cierta nobleza, aunque todavía conservaba su apariencia medieval por otros flancos, despertó un cierto deseo de emulación por parte de algunos particulares, apareciendo entonces los primeros palacios urbanos que cuidaron tanto su ar-

quitectura interna como externa (casa que luego albergaría al convento de las Descalzas Reales, la llamada de Cisneros, casa con patio plateresco al comienzo de la calle de Segovia, etc.). Ello coincide con la serie larga de fundaciones religiosas, destacando entre las particulares la Capilla del Obispo, que indican una actividad edilicia notable en el período carolino (1517-1556), al tiempo que muestran la primera arquitectura monumental surgida en la ciudad. Que Madrid iniciaba una transformación de cierta consideración bajo Carlos V lo atestigua, igualmente, la actuación sobre la Puerta de Guadalajara que, si bien no pudo derribarse como se pretendía, al menos se ensanchó para que pudieran pasar holgadamente los carruajes. Más allá de lo anecdótico del hecho, ello tendría una repercusión importante en el viejo tejido urbano medieval, ya que abría paso a un tráfico rodado de mayor volumen, inyectando una fuerza dinámica en la ciudad que obligará a derribos y nuevas alineaciones como las efectuadas en las inmediaciones de la Puerta de Guadalajara que, junto a las mencionadas de la plaza del alcázar, son las primeras intervenciones sobre el casco medieval.

No conocemos ningún plano de la ciudad en este momento, pero sí algo de su aspecto físico al final de la época de Carlos V, coincidiendo con los primeros años del reinado de Felipe II (1556-1598). Se trata de las conocidas vistas de Madrid que se conservan en la Biblioteca Nacional de Viena, debidas muy probablemente al pintor flamenco Antón van den Wyngaerde, de hacia 1563-1570. En ellas, además de la citada reforma del Alcázar, lo más sorprendente resulta ser la extensión alcanzada por el caserío madrileño, más allá de la cerca del Arrabal. En aquellas fechas Felipe II ya había trasladado la Corte a Madrid (1561), iniciándose un proceso de crecimiento absolutamente extraordinario, tanto por su magnitud como por el tiempo breve en el que se produjo. Ello exigió una acción de control urbano que fue siempre muy a la zaga de una realidad que, diariamente, desbordaba cualquier previsión. Algunos hechos administrativos, como la organización de la limpieza de las calles, o de las medidas de carácter profiláctico, como las tomadas a raíz de la epidemia de 1566, nos permiten conocer la división interior en nueve cuarteles y el alcance del perímetro real de la ciudad, que fijó definitivamente una provisión del Consejo de Castilla (1567). Los nuevos límites suponían una ampliación considerable de la superficie de la población, la cual crecía en dirección Este de forma dominante, y en menor cuantía hacia el Sur. Las nuevas puertas serían las de Toledo, Antón Martín o Atocha, Alcalá o Nueva del Sol, San Luis (?) en la que confluían los caminos de Hortaleza y Fuencarral, subsistiendo la Puerta de Santo Domingo abierta en la anterior cerca del Arrabal.

Esta nueva delimitación intentaba controlar la calidad de la edificación en el interior de la ciudad, al tiempo que buscaba impedir nuevas construcciones fuera de estos límites. Ni lo uno ni lo otro se consiguió, hasta tal punto que hacia 1590 Madrid había crecido de un modo alarmante, acercándose al perímetro que la ciudad tendría bajo Felipe IV. Efectivamente, Madrid pasó de tener una población aproximada de 20.000 habitantes al comienzo del reinado de Felipe II, a contar con unos 60.000 a la muerte del monarca. El número de sus edificios también se triplicó desde unos tres mil a algo más de ocho mil. Las cifras

dan una idea cuantitativa de este crecimiento que, cualitativamente, se intentó fiscalizar a través de la creación de una especie de junta de urbanismo conocida como «Junta de policía y ornato público» (1590), cuyo cometido consistía en procurar que «aya la limpieza, ornato y pulicía que combiene» a la villa de Madrid. La actividad de la Junta fue grande, ya que, a falta de unas ordenanzas de edificación, debía velar por la arquitectura de la ciudad. En este sentido hizo público el conocido «Bando de policía» (1591), reiterando la prohibición de edificar fuera de los límites arriba señalados, así como la obligatoriedad de presentar la traza de los nuevos edificios que se hicieren dentro de la población, para obtener la licencia pertinente. De este modo quería evitarse el aspecto mezquino del caserío madrileño que, a través de las llamadas «casas a la malicia» intentaba eludir la enojosa carga que sobre la población de Madrid había caído con el «Aposentamiento de Corte», en forma de hospedaje forzoso.

El nombramiento de Francisco de Mora como «Maestro mayor de las obras que se hicieren en esta Villa por encargo de la Junta» (1592), inauguraba la figura del arquitecto municipal, con gran responsabilidad en el futuro arquitectónico y urbanístico de la ciudad. Detrás de toda esta actividad hay que ver, asimismo, al propio Felipe II y a su arquitecto Juan de Herrera, a quienes se debe un plan de reformas interiores entre las que destacan las nuevas alineaciones de las calles de Atocha, Segovia y Mayor. La de Segovia se convertiría ahora en el ingreso principal de la Corte, a eje con el colosal puente de Segovia sobre el río Manzanares. Asimismo, la reforma de la calle Mayor contemplaba al tiempo la remodelación de la plaza del Arrabal o Mayor (1581) que supone el primer paso hacia la total regularización de aquel punto neurálgico del comercio madrileño.

Siglo XVII

La muerte de Herrera (1597) seguida de la de Felipe II (1598) y el traslado de la Corte a Valladolid (1601-1606) bajo Felipe III (1598-1621), supusieron la paralización de cuantos proyectos urbanísticos se habían iniciado años atrás, llegando incluso a disolverse la eficaz «Junta de policía y ornato». A raíz de la vuelta de la Corte a Madrid aquella reinició su actividad (1608) gracias al celo del arquitecto Francisco de Mora, quien aparece en la documentación del Archivo de Villa no sólo dando las trazas de los nuevos edificios, para que sus alzados tuvieran una mínima dignidad y homogeneidad, sino proponiendo constantes reformas urbanísticas y nuevas alineaciones en lo más viejo de la ciudad medieval («calle que va desde Santiuste a Santa María», «calle que entra en la puerta de Guadalajara a la de Santiago», etc.), siendo su actuación en este aspecto decisiva contribuyendo a desdibujar los rasgos medievales del núcleo inicial.

Felipe III, como ya lo habían hecho sus antecesores, atendió de un modo especial al eje de la calle Mayor y sus adyacentes, donde todavía existían bastantes solares por construir «lo cual parece muy mal para el ornato de un lugar tan grandioso como es éste» (F. de Mora). Todo el empeño puesto por el rey y la junta de urbanismo en la reedificación según las normas de Mora, en el respeto de las nuevas alineaciones, etc., chocó con

la actitud de los particulares («muchos que labran toman parte de las calles sin pagarlo, además que no labran con el ornato conveniente»), que actuaron por su cuenta de tal modo que, como Mora apuntaba en 1610, «habiendo en esta Corte muchas obras, cada uno labra como se le antoja y de aquí viene que unas casas queden bajas y otras altas, unas afuera y otras adentro que causa gran deformidad». Esto muestra la impotencia ante el control de la arquitectura de la ciudad que contaría, al terminar el reinado de Felipe III, con unos 9.500 edificios.

La obra, entre arquitectónica y urbanística, más importante de este período fue la configuración definitiva de la Plaza Mayor, así como la ordenación de las calles inmediatas, que repetían la misma tipología de fachadas con soportales y balcones, siguiendo el proyecto de Juan Gómez de Mora (1617). La Plaza Mayor se convirtió en el espacio público más importante de Madrid, tanto por el carácter vario de sus funciones como por el movimiento mercantil que en ella tenía lugar, constituyendo un modelo urbano de excepcional interés.

La propia importancia de la Plaza Mayor podría considerarse como termómetro para medir el auge de la ciudad que iba a culminar con Felipe IV (1621-1665), bajo cuyo reinado Madrid alcanzó su máximo desarrollo en el siglo XVII, llegando a contener dentro de su cerca una población de algo más de 100.000 habitantes y unos 11.000 edificios. Dicha cerca, así como el detalle de la distribución interior de la Villa, la conocemos con gran exactitud gracias al plano levantado por el portugués Pedro Texeira (1656), que puede considerarse como una de las obras más logradas de la cartografía urbana de la Edad Moderna. En el plano de Texeira se pone de manifiesto, una vez más, la continua conversión de los antiguos caminos rurales en vías urbanas, destacando con fuerza la de Atocha, en dirección al convento de este nombre, y la de Alcalá. Al Norte y Sur de ambas vías y con las calles que iban buscando otras direcciones (Fuencarral, Hortaleza, Toledo, etc.) se fue tejiendo la «traza natural» (Molina) que creció de forma orgánica a espaldas de cualquier planteamiento urbano previo, dando lugar a constantes encuentros bifidos (Chueca). Entre las novedades importantes que incluye el plano de Texeira se encuentra el conjunto de edificios y jardines del Palacio del Buen Retiro, que no aparecía aún en el anterior plano de Wit (1635), y que supondrá una barrera para el crecimiento de la ciudad por el borde oriental. Así mismo Texeira muestra la Real Casa de Campo y el conjunto de casas, huertas y jardines que más adelante se conocerán como Montaña del Príncipe Pío.

En cuanto al interior de la población, además de señalar las últimas novedades arquitectónicas y urbanísticas (nueva fachada del Alcázar, Cárcel de Corte, Plaza Mayor, etc.), llama la atención el número elevado de conjuntos conventuales (iglesia, claustro, jardín y huerta) que dieron al Madrid de los Austrias el carácter de una ciudad conventual. Baste recordar sus cincuenta y siete conventos, de religiosos y religiosas, además de las dieciocho parroquias y sus anejos, sin olvidar los dieciocho hospitales que contaban igualmente con su capilla correspondiente. Ello proporcionaba a la ciudad un curioso perfil de puntiagudas torres y campanarios que todavía conserva en gran medida el modelo de Gif de Palacio, el cual, salvo las lógicas e

importantes modificaciones que la ciudad sufriría hasta 1830, resulta ser un inapreciable complemento en relieve del plano de Teixeira. Otro de los aspectos a tener en cuenta en este plano es la poca entidad de la arquitectura doméstica, surgida en el borde de las manzanas, dejando por lo general espacios abiertos en el interior, resultando así una trama urbana con un alto índice de porosidad.

Igualmente hay que destacar que, bajo Felipe IV, Madrid contó por vez primera con unas ordenanzas debidas a Juan de Torija («Tratado breve sobre las ordenanzas de la Villa de Madrid y policía de ella», Madrid, 1661), en las que se intenta fijar una normativa sobre problemas de índole práctica que surgían a diario en la ciudad (conducción de aguas, medianerías, chimeneas, tasaciones, casas ruinosas, etc.). Alguno de sus capítulos nos permiten comprobar el peso específico de los monasterios en ésta que hemos llamado ciudad conventual, ya que las edificaciones de su entorno tenían que guardar una especial normativa en cuanto a alturas y huecos, para evitar vistas sobre el recinto de clausura (Torija, cap. XXIII: «En qué forma se ha de labrar en frente de Monasterios, para que no sean registrados»). Desgraciadamente aquellas ordenanzas nunca llegaron a estar en vigor, ni siquiera cuando el arquitecto Teodoro Ardemans, Maestro mayor de Madrid, preparó una nueva edición a comienzos del siglo XVIII («Declaración y extensión sobre las Ordenanzas que escribió Juan de Torija...», Madrid, 1719). Por aquellas fechas ya se habían producido acontecimientos políticos de primer orden que afectaron muy vivamente a la ciudad, al recibir ahora a la nueva dinastía de los Borbones.

Siglo XVIII

La actividad desplegada por los monarcas que sucedieron en el trono a la Casa de Austria (Felipe V, Fernando VI y Carlos III muy especialmente) fue extraordinaria. De ello da buena cuenta la serie de planos de la ciudad que, tras los primeros de Tomás López, Chalmandrier (1761) y Espinosa de los Monteros (1769), culmina en el de 1785 hecho por el propio geógrafo Tomás López. Los cambios y actuaciones urbanísticas se suceden con tal rapidez que cada uno de estos planos invalida al anterior, en el sentido de mostrar una imagen de la ciudad más acorde con las últimas novedades. Las más notables comienzan en el período 1715-1729, durante el cual fue Corregidor de Madrid don Francisco Antonio Salcedo y Aguirre, marqués del Vadillo, que contó con la extraordinaria colaboración del gran arquitecto Pedro de Ribera. Durante estos años se resolvió el paso del Manzanares por el sur de la ciudad con el monumental puente de Toledo que se convertía así en uno de los accesos más notables de Madrid. Igualmente se ordenó el paseo de La Florida, más conocido como paseo de la Virgen del Puerto, que venía a unir el puente de Segovia con el camino de El Pardo y la entrada a Madrid por la Puerta de San Vicente, que también trazó Ribera. En el interior surgieron nuevas fuentes monumentales, como la conservada de la Fama, grandes edificios como el Cuartel de Conde Duque, o el mismo Hospicio, sede del actual Museo Municipal; en una palabra, una de las etapas más felices de la

historia de Madrid que, desgraciadamente, ha desaparecido en su casi totalidad, restando los muñones arquitectónicos, como «monumento», pero perdiéndose la realidad primaria de la trama urbana para la que fueron creados. La pérdida de los ambientes urbanos creados en este momento por Ribera y otros arquitectos contemporáneos, resulta especialmente dolorosa por cuanto se trataba de ámbitos surgidos sobre parámetros de tradición propia, de los que después se renegó, en beneficio de las nuevas imágenes arquitectónicas y urbanísticas de origen italiano y francés que surgirán en las décadas siguientes.

Bajo este mismo reinado de Felipe V (1701-1746) se produjo un hecho importante y fortuito, el incendio del Alcázar (1734), que tuvo fuertes repercusiones urbanísticas. De una parte, el arquitecto Filippo Juvarra propuso para el nuevo Palacio Real los «Altos de San Bernardino», lo cual, de haberse llevado a cabo, habría descompensado en parte la trama viaria de Madrid que se había ido formando exclusivamente en dirección al Alcázar, como núcleo de atracción primario convertido en centro desplazado hacia el oeste de la ciudad. Por otro lado, la insistencia del monarca por ocupar el mismo solar del antiguo Alcázar de los Austrias con el Nuevo Palacio, obligó a definir aquella como zona noble, lo cual exigía a su vez un tratamiento específico del entorno (cuesta de San Vicente, futura calle de Bailén, caballerizas, cuarteles, casas de oficios, viaducto sobre la calle de Segovia, plaza de la Armería, plaza de Oriente, Teatro Real, jardines del Campo del Moro, Catedral, etc.) que tardaría mucho tiempo en consolidarse y para el que ya presentaron propuestas de gran interés Sachetti, Ventura Rodríguez y Sabatini.

No debe omitirse tampoco la atención dispensada, tanto por Felipe V como por Fernando VI (1746-1759), al Buen Retiro, palacio que pudo convertirse en residencia permanente de los monarcas en el caso de haber prosperado el proyecto del arquitecto francés Robert de Cotte (1714-1715). No obstante, y a raíz del incendio mencionado del Alcázar, los reyes habitaron el Buen Retiro, y si bien no modificaron sustancialmente su arquitectura, no renunciaron a actuar sobre los jardines donde incluyeron algunos temas franceses como lo era el bello parterre, tal y como todavía puede verse en el modelo de León Gil de Palacio.

En el interior de la ciudad se levantaron nuevos edificios, como el conjunto de las Salesas Reales, que es un buen ejemplo de la acción urbanística desde la arquitectura, pues, como puede comprobarse en el citado modelo de Gil de Palacio, ante la iglesia —además de contar con su propio compás— se formó una plaza semicircular tan sencilla como atractiva que contribuía a realzar los valores de la fachada de Santa Bárbara. Fuera de la ciudad surgió la Plaza de Toros, junto a la Puerta de Alcalá, pero lo más singular fue la actuación y arreglo de las tapias y el cuidado puesto en algunos accesos, destacando el del Paseo de las Delicias que con otros dos ramales, también arbolados, confluían a modo de tridente ante la Puerta de Atocha.

Finalmente debe recordarse que bajo Fernando VI se creó definitivamente la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, corporación que se convirtió en portavoz de las nuevas orientaciones que, en el orden de las ideas y gusto artístico, iluminaron aquella Europa de la Ilustración. La ciudad-capital entendida

como símbolo y expresión de la monarquía ilustrada interesó vivamente en nuestra Academia, y a través de hombres como Antonio Ponz se puso de manifiesto la inquietud por alcanzar una imagen física para Madrid más allá de la que tenía como simple Villa y Corte. Este fue precisamente el cometido de Carlos III (1759-1788), bajo cuyo reinado Madrid conoció las pautas urbanísticas ya ensayadas en otras capitales de Europa. Ello resulta evidente en el tratamiento periférico de la ciudad, donde puertas, accesos y paseos arbolados dieron al entorno inmediato de Madrid un porte monumental, si bien en el interior de la población se producía un inmediato cambio de escala, roto tan sólo en actuaciones aisladas que buscaban aquel módulo fuerte como lo pueden ser el Salón del Prado de Hermosilla, el pórtico cubierto proyectado por Ventura Rodríguez, los nuevos edificios de gran talla como los emprendidos por Sabatini (Real Aduana —hoy Ministerio de Hacienda—, Hospital General, etcétera) y Juan de Villanueva (Museo de Ciencias Naturales —hoy Museo del Prado—, Observatorio, etc.).

Los planos citados de Espinosa y Tomás López, basados en los trabajos fundamentales de la «Planimetría General de Madrid», recogen efectivamente un cinturón de Madrid arbolado que incluye el Buen Retiro, en cuyas inmediaciones se alza ya la soberbia Puerta de Alcalá que trazara Sabatini, al tiempo que este mismo arquitecto sustituyó la de San Vicente hecha por Ribera. Ambas puertas, junto con la de Atocha, serán las tres puertas monumentales de la ciudad. La de Toledo era todavía de menor entidad arquitectónica pero, en cambio, sus accesos podían competir e incluso superar en acierto a las demás entradas de Madrid, con el magnífico diseño de la triple confluencia del Paseo de los Olmos, Paseo de los Ocho Hilos (hileras de árboles) y Paseo de los Pontones. El Paseo de las Acacias, las actuales Rondas, el Canal del Manzanares, etc., darían a esta zona Sur de Madrid un aspecto magnífico que hubiéramos deseado conservar.

Por parte de la nobleza se advierte un cierto protagonismo que contribuyó también a la mejora del interior de la población con la construcción de nuevos palacios que, en su mayor parte, buscaban rodearse de unos jardines separados de la calle por medio de verjas y no de altas tapias, siguiendo el ejemplo del cambio que se había hecho en el cerramiento del Buen Retiro, con lo que el aspecto de las calles inmediatas ganaba notablemente. Este fue el caso de los palacios de Buenavista, Villa hermosa y Liria, entre otros.

La organización de la ciudad pasó entonces de tener doce cuarteles o departamentos a contar con ocho, los cuales se subdividían a su vez en ocho barrios cada uno. Los cuarteles quedaban a cargo de los Alcaldes de la Casa y Corte, mientras los segundos dependían de los llamados Alcaldes de Barrio. Madrid llegó en estos años a tener una población de cerca de 150.000 habitantes que ocupaban algo más de 7.500 casas, distribuidas en 557 manzanas. Resulta de interés comprobar que en este momento el 35 por 100 de aquellos inmuebles eran bienes eclesiásticos y que el segundo lugar lo ocupaba la nobleza titulada con el 11 por 100 de aquéllos, lo cual refleja muy fielmente la organización social pese a la crisis que atraviesa la propia sociedad estamental en el siglo XVIII.

Carlos IV (1788-1808) dedicó más atención a los Reales Sitios que a introducir cambios y mejoras en la ciudad, entre otras razones porque aún había que llevar a buen término muchas de las obras iniciadas bajo su antecesor. Sin embargo, al poco tiempo de comenzar su mandato, se produjo un pavoroso incendio en la Plaza Mayor (1790), perdiéndose gran parte de ella y afectando a un total de 52 casas, lo cual obligó a un replanteamiento de toda la zona. Esto corrió a cargo del arquitecto Juan de Villanueva quien, además de introducir modificaciones y cerrar totalmente la plaza tal y como hoy la vemos, redactó una Instrucción para la nueva edificación que evitara la fácil propagación del fuego. Ello vino a constituir una suerte de ordenanzas de edificación que hizo pensar en poner en vigor las antiguas «Ordenanzas de Madrid» publicadas por Ardemans, a las que ahora se añadiría el «Bando sobre incendios» hecho público en noviembre de 1790.

El período 1800-1830

Al comenzar el siglo, Madrid seguía teniendo 557 manzanas que albergaban una población cada vez mayor, estimándose entonces en unos 175.000 habitantes. Los problemas administrativos se hacían cada vez más complejos por lo que, a partir de 1802, se rehizo la antigua división en cuarteles que llegaron a ser ahora diez. Sin embargo, la Guerra de Independencia frenó esta relativa prosperidad de Madrid que iba a conocer, como otras ciudades, unos años críticos. Pero no deja de ser paradójico que a pesar de la brevedad del reinado del Rey Intruso (1808-1813), aquéllos fueron unos años importantes para el urbanismo madrileño, ya que José Bonaparte llevó a cabo lo que Carlos III no tuvo tiempo de hacer y Carlos IV no llegó ni a plantearse: la reforma interior de Madrid. Esta no obedecía a un plan general, sino a la modificación parcial de ciertas zonas en las que fueron surgiendo pequeñas plazas que le valieron a Bonaparte el apodo de «rey plazuelas». Dichos espacios se consiguieron tras una política de expropiaciones y derribos que afectó a iglesias, conventos y particulares. Entre las primeras, desaparecieron la de San Martín, San Ildefonso, San Miguel y Santiago, y de los segundos se derribaron los de Santa Catalina, Santa Ana, Premonstratenses y Pasión. Muchos de ellos dieron lugar a las actuales plazas que llevan su nombre (Santa Ana, San Miguel, Mostenses) o bien han recibido otro posterior (Santa Catalina-Plaza de las Cortes). Asimismo se procedió a un extenso derribo, que, como los anteriores, puede apreciarse en la maqueta de Gil de Palacio, en la zona que se conocería luego como plaza de Oriente, desapareciendo la iglesia de San Juan, el convento de San Gil, muchas casas particulares, el Juego de la Pelota, Biblioteca Real, Jardín de la Priora, Caños del Peral, calles de la Parra, del Buey, del Tesoro, del Carnero, de San Bartolomé, etc., de tal modo que en muy poco tiempo perdió vigencia el citado plano de Tomás López.

La ambición de una intervención profunda quedó truncada por la brevedad y difícilísimas circunstancias políticas del reinado de José Bonaparte, quien sólo pudo ver los derribos y las medianamente ordenadas plazas de Santa Ana y de San Miguel. Tam-

poco pasó de simple proyecto la magnífica propuesta de su arquitecto Silvestre Pérez, de unir el Palacio Real con la iglesia de San Francisco el Grande —que ahora haría las veces de Salón de Cortes— a través de una serie de plazas magníficas, incluyendo igualmente un soberbio viaducto sobre la calle de Segovia.

Cuando Fernando VII regresó a Madrid (1814) el aspecto de la ciudad dejaba mucho que desear, siendo especialmente problemática la zona de la plaza de Oriente, sobre cuyo solar se pensó en una plaza circular y porticada presidida por el Teatro Real. El proyecto se encargó al arquitecto de Palacio, Isidro González Velázquez, pero no llegó a ser nunca una realidad completa. La difícil situación de las arcas municipales tampoco hizo posible la iniciativa del Ayuntamiento en otros sectores, conformándose con sufragar los gastos de la magnífica Puerta de Toledo, proyectada por el entonces Maestro mayor de Madrid, Antonio López Aguado, que es una de las últimas novedades recogidas por el modelo de Madrid.

León Gil de Palacio y el *modelo de Madrid*

Este modelo, tantas veces citado, es obra excepcional de León Gil de Palacio (Barcelona, 1778-Segovia, 1849), quien desde muy temprano se familiarizó con los estudios de Matemática y Delineación de Planos y Perfiles de obras, primero a título particular y luego como Cadete en la Real Academia Militar Facultativa de Barcelona (1799). Más tarde ingresó en el Real Cuerpo de Artillería con el nombramiento de Teniente (1805), tras el correspondiente examen en el Colegio de Artillería de Segovia. Intervino activamente en la Guerra de Independencia, conociendo varios destinos (Teruel, Valencia, La Coruña) después de haber participado en la batalla de Bailén, sumando un total de veintidós acciones de guerra que le dejaron «honrosas cicatrices», según sus propias palabras. Las más profundas, físicas y morales, se las produjo su acción en La Coruña frente a los franceses al final del Trienio Liberal (1823). En efecto, además de ser herido gravemente, hubo de pasar un tiempo en situación de «indefinido» hasta que se produjese el proceso de depuración. Este tiempo lo hubo de pasar en Valladolid donde hizo o presentó un modelo de la Torre de Hércules de La Coruña, que es la primera noticia que nos ha llegado de su arte y vocación por este tipo de trabajos.

En Valladolid construyó igualmente, y en un tiempo muy breve, el «relieve topográfico-geográfico» de la ciudad que le valió ser recibido por la Real Academia de la Purísima Concepción de esta ciudad, en calidad de Académico honorario (1828). Esta experiencia resultó ser decisiva para el encargo que el director General de Artillería hizo a Gil de Palacio, a fines de 1828, de la construcción del «modelo de Madrid». Encargo que el propio Fernando VII refrenda en una Real Orden de 13 de noviembre de 1828. El interés personal del monarca queda de manifiesto en la comunicación hecha al Ayuntamiento de Madrid (19-I-1829) en la que se dice que deseando «Su Majestad que no haya el menor obstáculo para llevar a cabo el expresado modelo, se ha servido resolver que por parte de las autoridades militares, civiles y de Policía de esta Corte, no se le ponga impedimento alguno al

referido don León Gil de Palacio en las operaciones de medición, nivelación, observación y sacar copias de los edificios y sitios ya Reales o ya particulares de esta población y sus afueras». El modelo, a escala 1:864, se terminó en 1830, en un tiempo récord de veintitrés meses. Su ejecución coincidió con el ascenso a Teniente Coronel Comandante de Batallón del Real Cuerpo de Artillería, que marca el comienzo del reconocimiento y protección real que Gil de Palacio conoció desde entonces.

Gil de Palacio fue sin duda el inspirador de la creación del Real Gabinete de Modelos Geométricos Topográficos, que Fernando VII fundó definitivamente en 1832, haciendo a Gil de Palacio su director. Allí se reunieron algunas de sus propias creaciones, como los ya citados modelos de la Torre de Hércules y Valladolid, el de Madrid, el del Real Sitio de Aranjuez (1835), la Real Casa de Campo, y el finísimo modelo del Monasterio de El Escorial que Gil de Palacio presentó a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Esta corporación, estimando el valor de aquella obra, nombró a Gil de Palacio Académico de Honor y de Mérito por la Arquitectura (29-II-1832). Aquellos modelos de Gil de Palacio en nada desmerecían del formidable hecho por Juvarrá para el Palacio Real, que igualmente se encontraba junto con otras piezas de gran interés en aquel Real Gabinete, que «hubiera llegado a ser el primero de su clase» (Madoz), pero que prácticamente sucumbió a la muerte de su inspirador y mantenedor, desperdigándose después las valiosísimas obras allí reunidas.

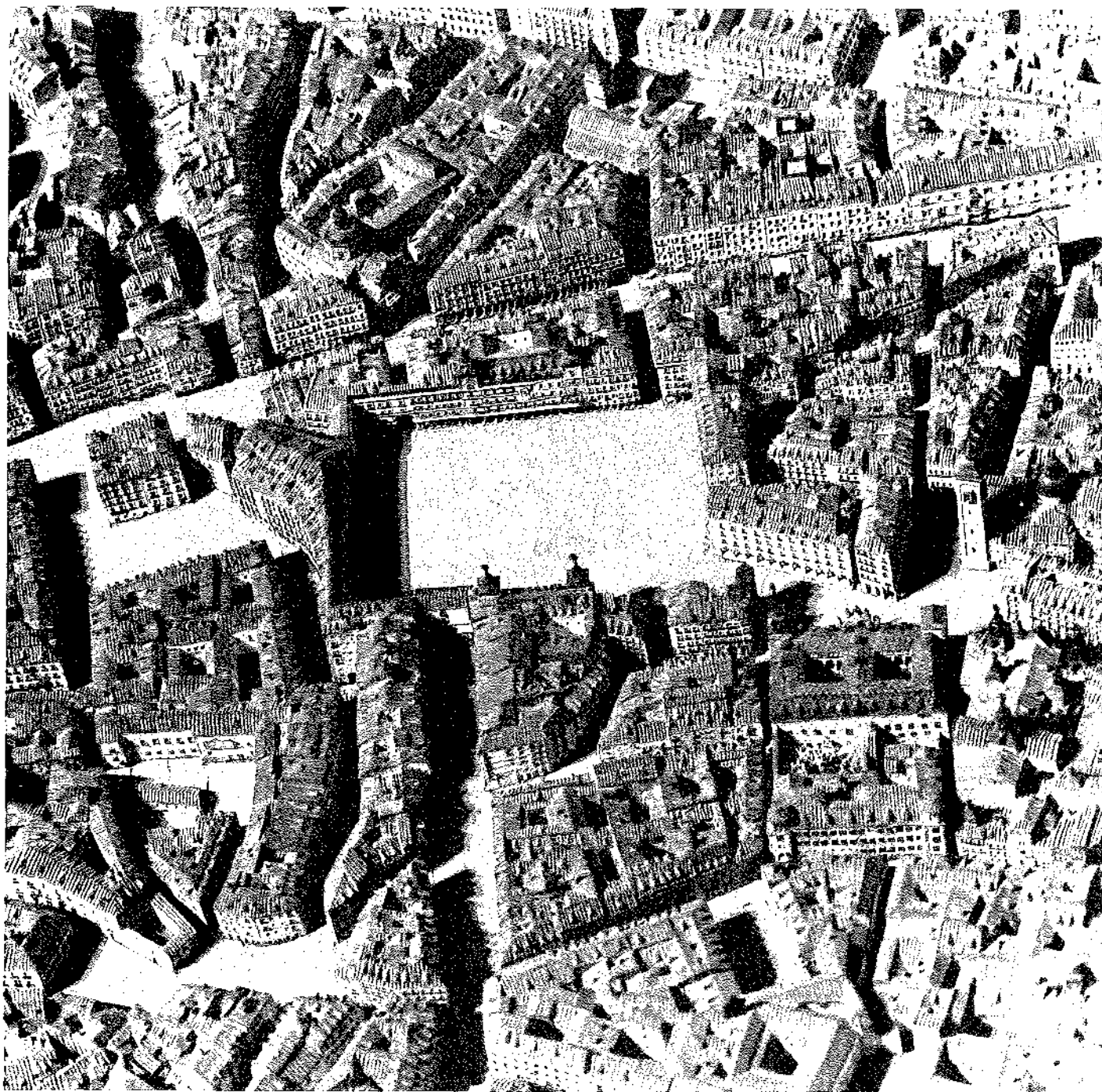
El interés de este conjunto perdido puede medirse contemplando el modelo de Madrid que es referencia obligada para historiadores y urbanistas, ya que nos ha transmitido una imagen fiel de la ciudad al final del reinado de Fernando VII, al margen de los retoques sufridos posteriormente por la maqueta, ya detectados por su restaurador Sr. Brunet. Puede decirse que se trata de un momento crítico en la historia del urbanismo madrileño, pues la maqueta se realiza en vísperas de la gran transformación que supondrán las intervenciones derivadas de la desamortización eclesiástica (1835-1836), y que no se interrumpirán, lamentablemente, hasta nuestros mismos días.

Aquel Madrid que plasmó Gil de Palacio, en 1830, se da la mano con el «Manual de Madrid», de Ramón de Mesonero Romanos, aparecido en 1831. De éste sacamos algunos datos que hacen aún más vivo el modelo de Gil de Palacio. La población de Madrid ascendía entonces a 211.127 habitantes, alojados en un total de 8.000 casas que, a su vez, estaban distribuidas en 540 manzanas. El descenso del número de estas últimas se debe precisamente a los derribos efectuados por José Bonaparte. Administrativamente seguían en vigor los diez cuarteles fijados en 1802, con un total de 64 barrios. Sus calles sumaban 492, más 4 plazas y 79 plazuelas. Existían 17 parroquias, 38 conventos de religiosos, 32 de religiosas, 18 hospitales, 3 hospicios, un beaterio, una casa de niños expósitos, 4 cárceles, presidio y galera, 3 casas de reclusión para mujeres, 16 colegios, 2 seminarios, Estudios Generales de San Isidro, 9 academias, 4 bibliotecas públicas, 2 museos de pinturas, uno de Ciencias Naturales, otro Militar, plaza de toros, 2 teatros, 5 puertas reales, 12 portillos, 33 fuentes públicas y cerca de 700 particulares, todo ello prácticamente comprobable en el soberbio modelo de Madrid.



El casco antiguo.

Esta panorámica recoge el núcleo más viejo de Madrid. La ciudad medieval, con su arrabal, venía a ocupar esta zona tantas veces reformada posteriormente. Los tres grandes espacios libres que destacan entre el apretado y desordenado caserío, han tenido una gestación muy distinta. Junto a Palacio puede verse la huella reciente que dejaron las demoliciones de José Bonaparte, donde luego surgiría la plaza de Oriente y el Teatro Real. La plaza Mayor, por el contrario, muestra su severa regularidad. De ella parte la calle de Toledo que, después de pasar por San Isidro —hoy catedral de Madrid—, se desvía hacia el Hospital de La Latina para desembocar en la plaza irregular de la Cebada. Espacio éste que ha servido de mercado desde su origen, siendo el único resto de aquellas eras, muladares y lagunillas que había extramuros. En los años de Gil de Palacio todavía se conservaba la iglesia de Nuestra Señora de Gracia (manzana número 103), en la esquina que separa la plaza de la Cebada de la Puerta de Moros. Entre los edificios más recientes que se han incorporado al modelo se encuentra la nueva iglesia de Santiago, de espaldas a la plaza de Oriente.



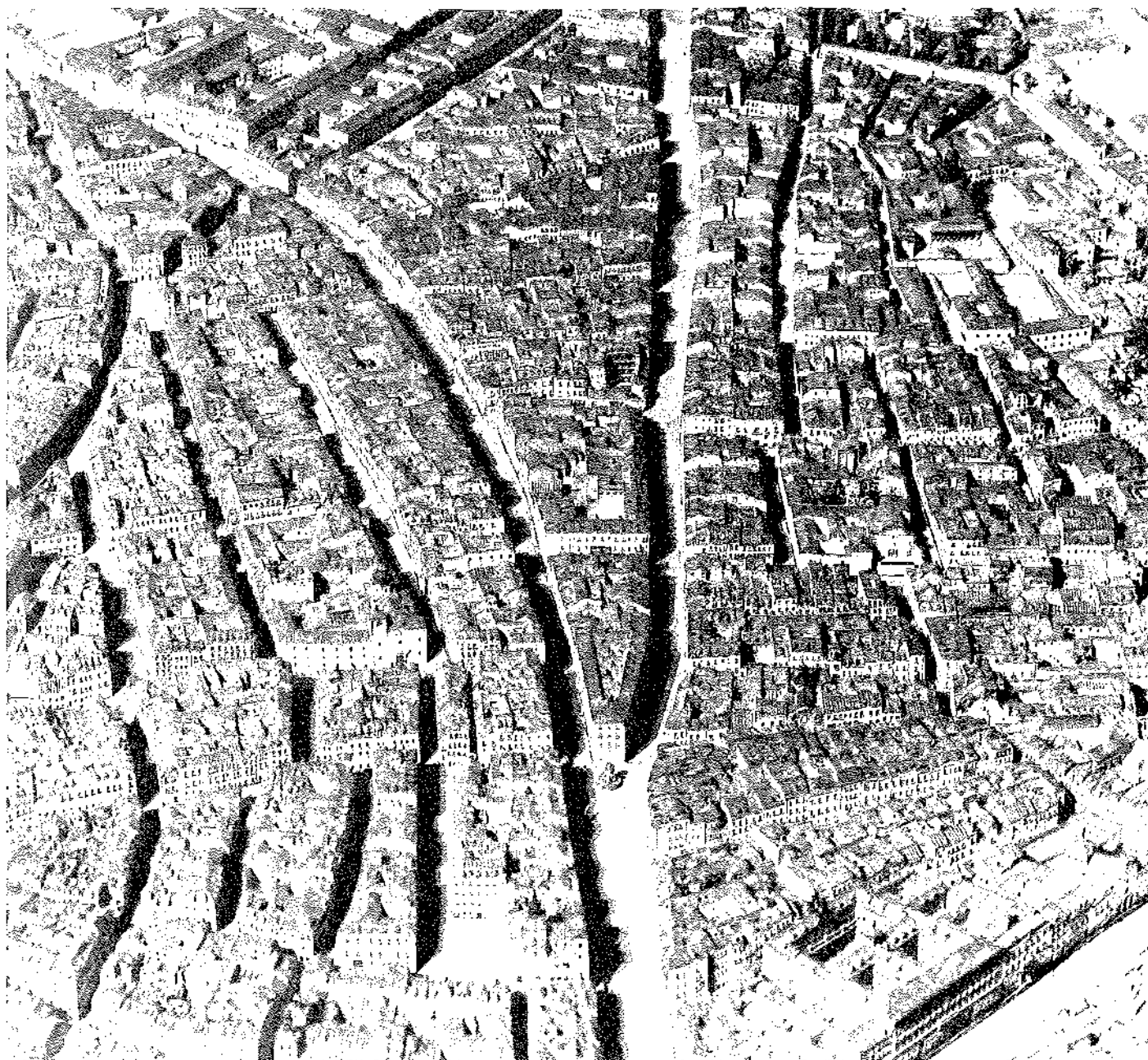
Plaza Mayor.

La plaza Mayor comenzó siendo la plaza del arrabal que ya Felipe II intentó regularizar encargando el proyecto a Juan de Herrera. Pero ello no se logró hasta que Juan Gómez de Mora, bajo Felipe III, hizo una nueva traza de gran unidad y belleza que convirtió a la plaza en el modelo urbano madrileño por excelencia. El conjunto sufrió gravemente tras el incendio de 1790, siendo Juan de Villanueva el encargado de darle la fisonomía que hoy tiene. Cuando Gil de Palacio estaba construyendo su modelo las obras de la plaza no se habían concluido, quedando, como se puede observar, algunas partes por cerrar. La calle Mayor, con su anchura y regularidad, destaca sobre el dedalo de callejuelas inmediatas. La Cava de San Miguel y la calle de Cuchilleros nos llevan desde Puerta Cerrada hasta el solar de la iglesia de San Miguel, derribada por José Bonaparte, sugiriendo en su recorrido la dirección de la antigua muralla. Entre las realidades desaparecidas se deben citar la iglesia de Santo Tomás, junto al actual Ministerio de Asuntos Exteriores, la frontera iglesia de Santa Cruz, el convento de San Felipe Neri, esquinado sobre la calle Mayor y el palacio de Oñate en esta última.



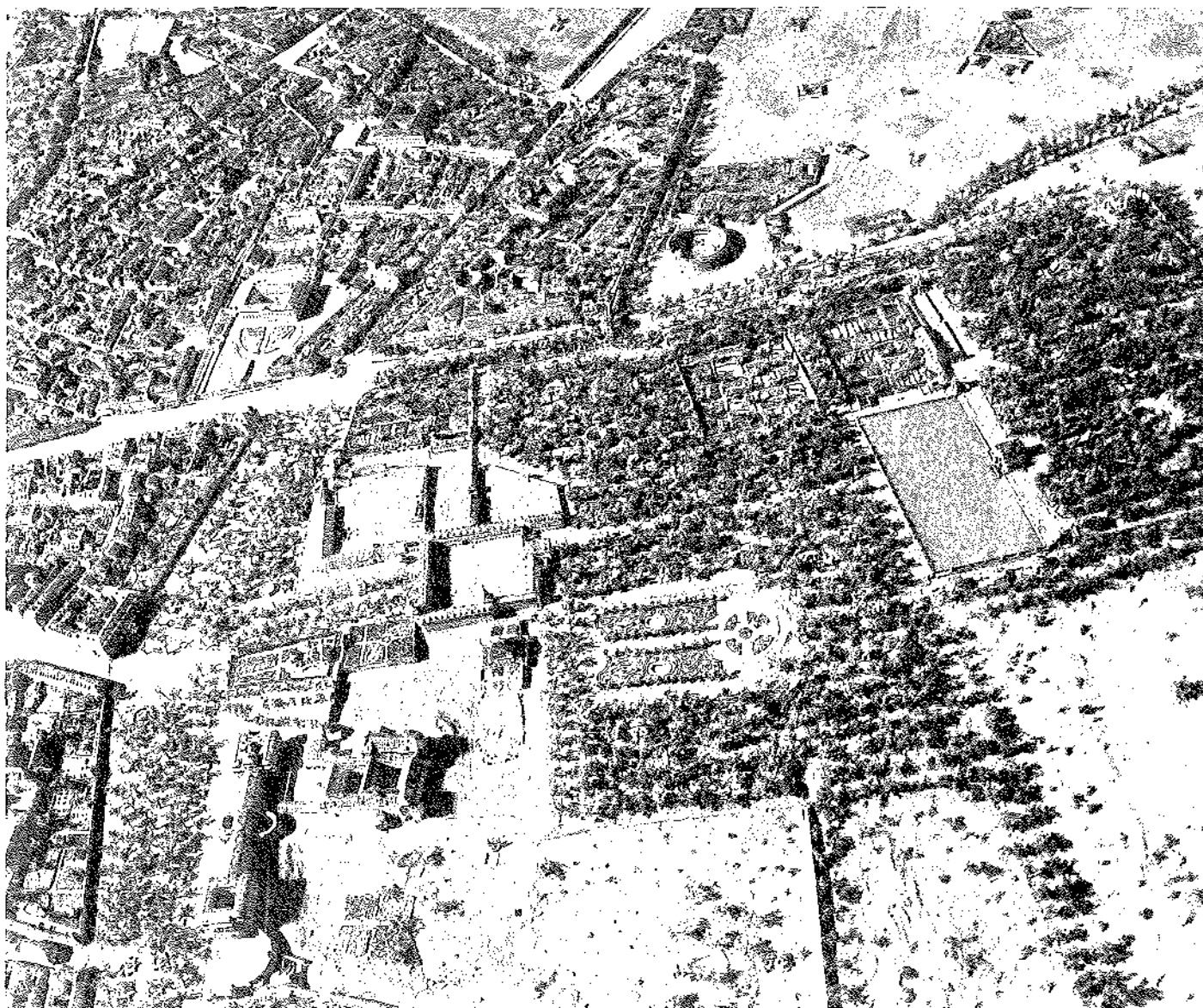
Calle de Atocha desde el Jardín Botánico.

La calle de Atocha se formó sobre el antiguo camino que llevaba a la ermita, luego convento, de este nombre. Fue una de las calles más largas y amplias de la ciudad, y ponía en rápida comunicación la entrada por la puerta de Atocha con la plaza Mayor. En ella se instalaron, desde muy antiguo, los hospitales más importantes de Madrid, comenzando por el propio Hospital General que, en el modelo, muestra el proyecto monumental e inacabado de Sabatini. Curiosamente la numeración de las manzanas de Madrid comenzaban en el mismo Hospital General que lleva el número uno. Calle arriba se encontraban el Hospital de la Pasión, el de Convalecientes, el de Nuestra Señora del Amor de Dios, más conocido como de Antón Martín y que dio nombre a la plazuela inmediata, y el de Montserrat para los naturales de Aragón. Estos dos últimos, prácticamente enfrentados, bien visibles en el modelo. Dentro del triángulo, formado por Atocha, Huertas y Prado, se encontraba el más modesto Hospital de los Cómicos (manzana número 256). Frente al Museo del Prado la gran manzana (número 233) compuesta por las iglesias, casas conventuales y huertas de los Trinitarios Descalzos, capilla de Jesús Nazareno y Capuchinos del Prado. Más allá las nuevas casas surgidas tras el derribo del convento de Santa Catalina y la futura plaza de las Cortes. Por encima del Hospital General el convento de Santa Isabel y su calle.



Red de San Luis.

Es éste un caso arquetípico en la estructura arterial de Madrid, en la que los antiguos caminos vecinales se convierten en vías urbanas de carácter sólido. La necesidad de entrar en la ciudad por una de las puertas abiertas en la cerca y el origen distanciado de estos caminos, les hace coincidir en un punto determinado dando lugar a lo que el profesor Chueca ha llamado el «bivio», esto es, la unión de tres calles formando tres ángulos, uno agudo y dos obtusos. La calle de Hortaleza, más recta que la de Fuencarral, conduce desde la Red de San Luis a la Puerta de Santa Bárbara, mientras que la de Fuencarral se dirige hacia la Puerta de los Pozos. Abajo, a la derecha, se ve la calle de Alcalá con la Real Aduana —hoy Ministerio de Hacienda—, Real Academia de Bellas Artes y el desaparecido convento de las Vallecas. A la izquierda de la Red se ve la iglesia que le dio el nombre de San Luis. Toda esta zona sufrió una gran transformación a raíz de la desamortización eclesiástica y del lamentable trazado de la Gran Vía. Con ellos desaparecieron el convento de Caballero de Gracia, monasterio de San Basilio, Capuchinos de la Paciencia, etc., todos ellos con fachada visible en el modelo de Madrid.



El Buen Retiro.

Entre las zonas de Madrid que más cambios y daño han sufrido, desde el modelo de Gil de Palacio hasta nuestros días, se encuentra el Real Sitio del Buen Retiro. El conjunto, ya muy deteriorado en aquel momento, permite distinguir con claridad el monasterio de San Jerónimo, a espaldas del Museo del Prado que se une al Jardín Botánico, el Casón y parterre, la «plaza grande» con el ala del Salón de Reinos — hoy Museo del Ejército —, el gran estanque con el Embarcadero Real que acababa de construir Isidro González Velázquez, etc. Al final del reinado de Isabel II fue seccionada una gran parte de este conjunto para convertirla en solares edificables, abriéndose la calle de Granada, hoy Alfonso XII, desde la Puerta de Alcalá. En esta imagen puede verse igualmente la manzana 276, junto a la Plaza de Toros, en la que se encontraba el Pósito Real, el convento de Agustinos Recoletos y la huerta de San Felipe Neri. El Prado de Recoletos, con la puerta de este nombre, y el Salón del Prado, eran el paseo más hermoso de Madrid. Junto a la Cibeles se alza el nuevo palacio de Buenavista.

Orientación bibliográfica

Aguilló y Cobo, M.: *Ataques contra la muralla de Madrid en el siglo XVII*, «Anales del Instituto de Estudios Madrileños», T. III, 1968, páginas 163-172.

Andrés, G. de: *Ordenación urbanística dada por Felipe II en 1590*, «Anales del Instituto de Estudios Madrileños», T. XII, 1976, pág. 15-31.

Bonet Correa, A.: *El plano de Juan Gómez de Mora de la Plaza Mayor de Madrid en 1636*, «Anales del Instituto de Estudios Madrileños», tomo IX, 1973, págs. 15-53.

Carlos, A. de: *León Gil de Palacio*, «Villa de Madrid», 1979, núm. 64, páginas 25-28.

Cartografía básica de la ciudad de Madrid. Planos históricos, topográficos y parcelarios de los siglos XVII, XVIII, XIX y XX, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, Madrid, 1979.

Domingo Palacio, T.: *Documentos del Archivo General de la Villa de Madrid*, Madrid, 1888-1909 (4 vols.).

Chueca Goitia, F.: *José Bonaparte y Madrid*, «Villa de Madrid», 1950, número 6, págs. 46-52.

— *El semblante de Madrid*, Madrid, 1951.

— *Madrid, ciudad con vocación de capital*, Santiago de Compostela, 1974.

García Felguera, M. de los S.: *La Real Orden de Carlos III sobre edificar en yermos y levantar casas bajas y la construcción en Madrid en la segunda mitad del siglo XVIII*, «Anales del Instituto de Estudios Madrileños», T. XV, 1978, págs. 241-253.

García Pérez, R.: *Una descripción topográfica de Madrid en el siglo XVI*, «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo», Ayuntamiento de Madrid, 1927, págs. 85-88.

Gómez Iglesias, A.: *La transformación de Madrid durante el reinado de Felipe II y la creación de las primeras juntas de urbanismo*, «Villa de Madrid», 1967, núms. 22-23, págs. 29-40.

— *El Buen Retiro*, «Villa de Madrid», 1967, núm. 24, págs. 25-38.

— *La Montaña del Príncipe Pío y sus alrededores (1565-1907)*, «Villa de Madrid», 1968, núm. 25, págs. 11-29.

— *La Sagra madrileña, el Campo del Moro y la Casa de Campo*, «Villa de Madrid», 1971, núm. 33, págs. 9-20.

González de Amezúa, A.: *Las primeras ordenanzas municipales de la Villa y Corte de Madrid*, «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo», Ayuntamiento de Madrid, 1926, págs. 401-429.

González de Amezúa, A.: *El Bando de policía de 1591 y el Pregón general de 1613 para la Villa de Madrid*, «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo», Ayuntamiento de Madrid, 1933, págs. 141-179.

Iñiguez Aimech, F.: *Juan de Herrera y las reformas en el Madrid de Felipe II*, «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo», Ayuntamiento de Madrid, 1950, págs. 3-108.

— *Límites y ordenanzas de 1567 para la Villa de Madrid*, «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo», Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 1955, páginas 3-38.

López Jaén, J.: *Las murallas de Madrid*, Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1970.

Martínez Bara, J. A.: *El rey José I y las plazas de Santa Ana y de San Miguel*, «Anales del Instituto de Estudios Madrileños», T. II, 1967, páginas 345-356.

Mesonero Romanos, R. de: *Manual de Madrid*, Madrid, 1831.

Molina Campuzano, M.: *Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII*, Madrid, 1960.

— *La urbanización de Madrid en el siglo XVIII*, «El Madrid de Carlos III», Madrid, 1961, págs. 81-139.

Moreno Villa, J.: *La plaza de Oriente. Urbanismo en 1817. Proyecto de J. Velázquez*, «Arquitectura», 1932, págs. 101-109.

Navascués Palacio, P.: *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*, Madrid, 1973.

— *Noticia del... «Tratado Breve sobre las Ordenanzas de la Villa de Madrid y policía de ella, por Juan de Torija» (Madrid, 1760)*, Ed. facsímil, Valencia, Albatros Ediciones, 1979, págs. 9-36.

Oliver Asín, J.: *Historia del nombre de «Madrid»*, Madrid, 1959.

Pastor Mateos, E.: *Modelo de Madrid, 1830*, Madrid, Museo Municipal, 1977.

Pérez Martín, Mercedes: *La plaza de Oriente madrileña*, «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo», Ayuntamiento de Madrid, 1955, páginas 381-405.

Plaza, F. J. de la: *El Palacio Real Nuevo de Madrid*, Valladolid, 1975.

Ruiz Palomeque, E.: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo de Madrid durante los siglos XIX y XX*, Madrid, 1976.

Sambricio, C.: *Urbanística e iluminismo a Madrid*, «Controspazio», Roma, 1974, Núm. 4, págs. 72-84.

Silbén Cordal, V.: *Biografía del señor don León Gil de Palacio*, Madrid, 1892.

Tormo, E.: *Las murallas y las torres, los portales y el alcázar del Madrid de la Reconquista, creación del Califato*, Madrid, 1945.

Urgorri Casado, F.: *El ensanche de Madrid en tiempos de Enrique IV y Juan II*, «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo», Ayuntamiento de Madrid, 1954, págs. 3-63 y 197-238.

* Sobre León Gil de Palacio Vid. su Expediente personal en el Archivo del Palacio Real, Sección Personal, caja 433/7, y en el Archivo de Villa, Legajo 1-42-98 (Real Orden nombrando al Capitán de Artillería don León Gil de Palacio para la construcción del modelo de esta plaza y sus contornos).